

Cazadores en la noche

LAWRENCE OSBORNE

Traducción de Magdalena Palmer

gatopardo ediciones 

Título original: *Hunters in the Dark*

Copyright © 2015 by Lawrence Osborne

Este libro ha sido publicado de acuerdo con Hogarth,
un sello de Crown Publishing Group,
una división de Penguin Random House LLC

© de la traducción: Magdalena Palmer, 2019

© de esta edición: Gatopardo ediciones, S.L.U., 2019

Rambla de Catalunya, 131, 1^ª-1^ª

08008 Barcelona (España)

info@gatopardoediciones.es

www.gatopardoediciones.es

Primera edición: mayo de 2019

Diseño de la colección y cubierta: Rosa Lladó

Imagen de la cubierta: Arrozal cerca de Siem Reap, Camboya

Imagen del interior: Lawrence Osborne en Bangkok, 2016

Fotografía de Pasistha Kaewmak

Imagen de la solapa: © by Chris Wise

ISBN: 978-84-17109-66-0

Depósito legal: B-5203-2019

Impresión: Reinbook serveis gràfics S.L.

Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida, dentro de los límites establecidos por la ley,
la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea
electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de
cesión de la obra, sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)

si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



El escritor Lawrence Osborne en Bangkok,
ciudad donde reside, en 2016.

*Nada gano con mostrarte compasión,
nada pierdo con destruirte.*

EL ANGKAR

CAZADORES EN LA NOCHE

KARMA

CAPÍTULO 1

Llegó a la frontera cuando la luz empezaba a atenuarse, con los últimos emigrantes que arrastraban sus cajas atadas con cuerdas, los jugadores del casino que viajaban en autobuses climatizados y los exiliados fugaces que volvían a su país cargados con microondas y reproductores de DVD. Al llegar a la frontera, nadie se salvó de ponerse en fila bajo la lluvia. Los jugadores se quejaron de aquel trato desconsiderado mientras abrían los paraguas de plástico que les había facilitado la agencia de viajes; consideraban indignante que los casinos del otro lado de la frontera no gestionaran mejor las cosas. Entretanto, sus zapatos de Bangkok empezaron a hundirse en el barro color café. El terreno que separaba los dos puestos fronterizos se había llenado de charcos y de buitres que esperaban la llegada de dinero. Allí estaban los timadores y los taxistas, fumando en silencio mientras observaban a sus presas. El funcionario del puesto de control tailandés le marcó la tarjeta de salida, le devolvió el pasaporte y le indicó que avanzara hacia el otro puesto fronterizo iluminado por los focos voltaicos.

Los conductores empezaron a hacerle señas y a gritarle con los brazos levantados, pero él no oyó lo que le decían. Aunque viajaba ligero de equipaje y le envolvía un aura de

pobreza, era blanco y, por tanto, acaudalado a ojos de los locales. Se refugió bajo las marquesinas de la nación opuesta y entregó de nuevo su pasaporte a los hombres que se hallaban parapetados tras una ventanilla mugrienta. Había cuatro ventanillas y los funcionarios no parecían demasiado complacientes: les pesaba la mirada. En los desnudos cubículos de cemento vio mesas con termos y televisores apagados. El nuevo rey, vestido con su uniforme blanco, ocupaba un lugar de honor en las paredes.

—Turista —dijo, y tuvo que pagar dos dólares más porque no llevaba ninguna fotografía para el visado. Contó sus baht, deslizó el sucio dinero sobre la mesa y los funcionarios introdujeron un gran visado verde en su pasaporte antes de devolvérselo con displicencia. Tenía un mes para deambular por aquel reino frondoso y agradable. Pasó el primer minuto contemplando las luces de neón de los casinos, el crepúsculo y los hombres que gesticulaban para llamar su atención.

Los charcos, iluminados por los focos, también se habían vuelto verdes. Avanzó, esquivándolos con cuidado, mientras la lluvia le empapaba el sombrero de paja y la bolsa que llevaba al hombro.

—¡Señor, taxi! —gritaban los hombres mientras se dirigían a sus respectivos coches de fabricación japonesa, grandes y destartalados. Obligado a escoger uno al azar, se decidió por un conductor con un Toyota y un paraguas que por siete dólares lo llevaría a Pailín. Las luces rojas y azules del casino Diamond Crown brillaban en lo alto, pero estaba cansado y no le apetecía probar suerte en las mesas. Decidió que volvería la noche siguiente.

Se sentó en el asiento trasero y se bebió la botella de té frío que había comprado a los vendedores ambulantes de la frontera. Una capa pegajosa de polvo rojo cubría los arcones,

y en la oscuridad vislumbró unas colinas verdes salpicadas de árboles aislados de aspecto milenario. Campos de mungo y de greñuda caña de azúcar. Soplaban el viento, y el cielo se desgarraba en nubarrones entre los que asomaba la luna. El escenario de un desastre, o de un desastre inminente. La tierra, de un negro metálico, despedía un olor pringoso y enmohecido. Como sólo le quedaban cien dólares, le indicó al conductor que lo llevase a un lugar barato para pasar la noche, uno cualquiera. Éste volvió un instante la cabeza para decirle que en aquella pequeña ciudad sólo había tres hoteles, y que ninguno era el Hilton. Media hora después pasaron las rotondas de acceso a la ciudad, unos pocos bares de carretera con rótulos rojos de cerveza Angkor y un pequeño parque donde doce caballos dorados hacían cabriolas en el viento arenoso.

El taxista lo llevó a un sitio llamado Hang Meas. Estaba en la carretera principal de la frontera, rodeado de tiendas de una sola planta. Por lo que pudo ver, Pailín era una localidad de tres calles y poco más. Un pueblo creado por los jemeres rojos que habían decidido quedarse para traficar con piedras preciosas. Desde la fachada del hotel, un absurdo rótulo apagado proclamaba: *LE MANOIR DE PAILIN*, una clara contradicción con su lamentable estado actual. Sus muros rosados y el karaoke de la planta baja le daban un aspecto más agónico si cabe; era evidente que aquel sitio estaba en las últimas. En la azotea había esculturas de ciervos, a tamaño natural, que contemplaban los montes Cardamomo, y unas lámparas esféricas de cristal blanco alumbraban el balcón. En el aparcamiento vio la estatua gigantesca de un gallo y, al lado, una casa de los espíritus con figuras arrodilladas, de cabello y barba pintados de blanco. Los ancestros de aquel lugar arrasado por el viento mantenían un vínculo secreto con los campos y las montañas, visibles incluso de noche. Allí se apeó del coche y avanzó vadeando

hasta un vestíbulo decrepito. Tiritaba y tenía el sombrero empapado. Las chicas lo miraron con un aire de desprecio.

Mientras fotocopiaban su pasaporte y le sellaban los impresos, se sentó en una butaca de cuero junto a varias peceras, y desde allí vio el salón vecino, con numerosas columnas rojas cubiertas de espejos. Hombres de negocios vietnamitas o chinos cantaban espantosamente en el karaoke adyacente. Las chicas llevaban faldas de seda con broches y coqueteaban con los hombres para que les pusieran una canción. Se trataba de un tema de los Bee Gees, «How Deep is Your Love».

Se le acercó una empleada para acompañarlo a su habitación de la tercera planta. Mientras subían la escalera, sus olores respectivos entraron en un contacto embarazoso.

—¿Vacaciones? —preguntó ella, como si fuese la única palabra inglesa que conocía.

—Trabajo.

Era la palabra que solía concluir todas las conversaciones.

—Cerramos semana que viene —dijo la empleada con tristeza.

Entraron en la habitación. El mismo olor lo impregnaba todo. «Está bien», se dijo, como si pudiera hacer algo al respecto. La joven le mostró cómo funcionaban algunos interruptores y se marchó. Él encendió el aire acondicionado, se desnudó y se dio un baño tibio con la precaución de dejar las luces encendidas, pues aquel paraíso de cucarachas imponía respeto. Fumó sus tres últimos cigarrillos tailandeses y se planteó si tendría el valor o la energía suficientes para salir en busca de un casino. Tampoco había mucho más que hacer allí. Los otros extranjeros que habían cruzado la frontera —casi todos tailandeses—, o bien volvían enseguida a Tailandia, o bien continuaban hasta la capital, a tan sólo cinco horas de distancia. La gente sólo se queda-

ba en Pailín si tenía una buena razón. Por tanto, debería ocurrírsele alguna, aparte de contar con sólo cien dólares en el bolsillo. Aunque ésa era una razón, a fin de cuentas... Abrió su bolsa, sacó una camisa de vestir barata y la decentó con la plancha que había encontrado en el armario. Si se afeitaba y se ponía un poco de aceite en el pelo, tendría un aspecto casi presentable.

A las nueve y media bajó al vestíbulo y pidió un taxi para ir a uno de los casinos de Phum Psar Prum. Los chicos de la entrada, ataviados con sus uniformes de «seguridad», llamaron al taxi en cuanto lo vieron salir con aquella camisa deslucida y los bolsillos repletos de dólares americanos. «Casinos», dijo al conductor, y al añadir que no sabía cuál, se produjo una serie incomprensible de consultas. Por fin, el taxista lo llevó al edificio imponente que había visto unas horas antes, el Diamond Crown. Era absurdo desplazarse durante cuarenta minutos para luego tener que volver, pero no le importaba. Cualquier cosa era preferible a un karaoke o una habitación vacía.

El magnífico Diamond dominaba la aldea que lo rodeaba. Tenía un jardín delantero de palmeras altísimas y, en la fachada, un cegador rótulo de neón escrito en alfabeto latino y jemer. Contornos de naipes y de mujeres doradas. Un karaoke a la derecha y un hotel del mismo nombre. En el interior, alfombras rojas, bóvedas de color azul cielo con nubes pintadas y altares chinos; ambiente chabacano y decadente. Las mesas eran de fieltro verde. Las chicas jemer, vestidas con su correspondiente chaleco verde, lo observaron con frío interés. En un rincón, dos empleados forcejeaban con una gran alfombra enrollada. La entusiasta clientela, en su mayoría tailandesa, jugaba al póquer, el bacarrá o la ruleta. Parecían ejecutivos de tercera en un alocado fin de semana. Deambuló entre las mesas mientras se preguntaba si aquella noche —o cualquier otra— la suerte

se pondría de su parte. Finalmente se decidió por una mesa de borrachos y jugó a la ruleta con apuestas de cinco dólares contra un grupo de ejecutivos tailandeses, cuyo consumo excesivo de Sang Som y Yaa Dong los había sumido en un estado de profundo sopor. No había tiempo para calcular ni pensar, y después se diría que quizá por eso había ganado. Así es como ganan siempre los novatos. Canjeó doscientos dólares, recogió sus cosas y salió a comprar unos Alain Delon. En el otro extremo del patio había un restaurante al aire libre lleno de jugadores exhaustos donde se sentó a fumar, y vio que la luna había reaparecido entre los nubarrones negros y veloces.

Las luciérnagas brillaban entre los exquisitos franchipanes. Sintió que la piel se le humedecía y endurecía al mismo tiempo. Después de un par de días en la cuerda floja, cuando ya se había gastado casi todo el dinero y pensaba en volver a casa, aquella incursión al otro lado de la frontera había cobrado sentido. A veces sucedían cosas así: una buena racha caída del cielo y de pronto esa noche —y las noches posteriores— pasaban a tener otro aspecto. Si ganaba un poco más podría pagar el recargo, cambiar la fecha de su billete de avión y quedarse más tiempo. En ocasiones nos apetece demorarnos, sobre todo cuando no nos espera nada mejor. Un profesor inglés no tiene el mundo a sus pies. Lo único que tiene a sus pies son felpudos, colillas y espinas de pescado.

Aunque los Alain Delon eran unos cigarrillos muy ásperos, el rostro del actor francés ocupaba todas las vallas publicitarias. Sonreía desde lo alto de los andamios con un rostro de los años sesenta mucho más joven que el de aquel inglés de veintiocho años. De modo que el tiempo pasaba, pero no para Delon, no para los inmortales.

Encendió un segundo cigarrillo y lo fumó con la misma tranquilidad y lentitud. Los camareros ni siquiera se

molestaron en traerle la carta; allí no había barangs, y él no encajaba en el ambiente. Sin embargo, aquel nuevo país le gustaba un poco más que el anterior. Transmitía una sensación diferente, un ritmo más sosegado.

Su condición de docente le permitía disfrutar de unas largas vacaciones estivales. Dos meses bastaban para escabullirse de la propia vida, por muy complicada que fuese. Pero es que además su vida no era complicada, en absoluto. Vivía solo en los confines de un pueblo llamado Burgess Hill, cerca de Sussex Downs, en una casita húmeda con dinteles de madera y herraduras en las paredes. Ni siquiera la había redecorado a su gusto; apenas se había molestado en personalizar su entorno. Tampoco le fastidiaba aquella pasividad. Iba con su carácter.

¿Lo hacía eso aburrido? No le importaba. Ser aburrido era sólo una impresión que daba a los demás, quienes, a su vez, le resultaban del todo indiferentes. Durante los tres años que pasó en la Universidad de Sussex procuró llamar la atención lo menos posible. Estudió Filología Inglesa, ton-teó con algunas chicas y poco más. Un sueño fugaz. Había elegido aquella universidad porque estaba cerca de su familia; no sólo de sus padres sino también de sus abuelos, que vivían en una casa de protección oficial en Bevendean, una localidad entre Brighton y Falmer. Se trataba de una familia cuyos miembros nunca se alejaban en exceso, cuyos elementos vitales permanecían estables. Los fines de semana podía ir a Bevendean en autobús y pasear entre los groselleros de su abuela. Le preparaban bizcocho borracho y luego daba un paseo por las colinas que rodeaban la propiedad.

También su imagen externa había permanecido inalterable. Incluso llevaba, desde hacía años, el mismo corte de pelo: largo por detrás con raya a la derecha. Después de visitar a su familia, los fines de semana frecuentaba los pubs más tumultuosos de Lewes, donde hablaba con des-

conocidos en la barra. Luego volvía en moto a su casa, solo. Jamás, nada inesperado había truncado esta rutina. Naturalmente eso se debía a que era lo que él quería, argumentaba para sí. Su inconsciente lo quería y, por consiguiente, él también. Era como un periodo de espera, o un sueño del que despertaría súbitamente, blandiendo una espada.

Pero todos los años llegaban las vacaciones estivales y en esos dos meses de libertad intentaba organizar algunas sorpresas. Un año fue a la isla de Hydra, en Grecia. Pasó otro verano en Islandia. Se fue solo y volvió solo, y también estuvo solo durante gran parte de su estancia allí. Incluso en Hydra estuvo solo: caminó solo por los senderos que recorren la isla, nadó solo y comió solo. Y, sobre todo, durmió solo. No sabía por qué, pues era atractivo a su manera. Se debería a su condición de soñador y solitario. A su forma de ser.

Islandia y Grecia: el extremo más septentrional y el más meridional de Europa. Pero le habían parecido muy similares. Y lo único que se había traído de ambos eran fotografías y una irritabilidad generalizada. Hubo ocasiones, sobre todo en Hydra, en que más bien había sentido ira. Nunca le contaba a nadie adónde iba, ni siquiera a sus padres. «Voy a Grecia», les decía, y ellos respondían: «¿Ah, sí? Bien, cuídate». Sin embargo, él no comprendía las razones de su ira. ¿Ira contra qué? No contra los griegos. Ni tampoco contra las ruinas de la casa de Ghika y sus preciosas vistas al mar. No, no era eso. A veces pensaba que contra sus propios ojos azules, ansiosos y vacilantes, que lo miraban desde el espejo de cualquier cuarto de baño de hotel. ¿Se puede sentir ira por algo así?

Tenía la impresión de que toda Europa se había convertido en una gran fábrica turística. Los mismos restaurantes, las mismas discotecas, los mismos hoteles, las mismas escapadas sexuales. Aquel verano, después de ahorrar

durante dos años, había reunido suficiente dinero para zarpar hacia un mar más profundo y distante. Apenas había viajado cuando era joven y lamentaba no haber explorado gran parte del planeta. Pero ahora el Lejano Oriente ya no era tan lejano. El vuelo a Bangkok le había costado menos de seiscientas libras.

Volvió a entrar en el casino. Sintióse más audaz y seguro, se sentó a otra mesa, también ocupada por los habituales directivos tailandeses borrachos de Yaa Dong. La pasión por el juego era todo un misterio para él. Casi nunca había jugado a las cartas, y mucho menos a la ruleta; lo suyo era el ajedrez. Sin embargo, ahora sentía el impulso de lanzarse, de arriesgarse a una aventura más incierta. Apostó durante una hora, a ciegas, por probar. Aquello tenía su gracia. Y esa voz interior que le urgía «una más, una más», acabó poseyéndole con la descabellada idea de seguir apostando su pequeño capital. Era la clase de riesgo espontáneo que nunca asumía, y se entregó a él de forma inocente. Le salió bien. ¿Cómo explicarlo? De pronto, en cuestión de minutos, tenía mil dólares, un hecho que al personal no le pasó desapercibido. Chicas con pajarita y blusas blancas almidonadas se acercaron para preguntarle si quería un Black Label o un vodka solo, o quizá un zumo de naranja o unas hormigas fritas. No supo si bromeaban, y pidió un Black Label, miró el reloj de la pared más lejana y decidió seguir destruyendo a aquellos ejecutivos de segunda en beneficio propio.

Y eso hizo. Gracias a la luna, por supuesto; a algo que se respiraba en el ambiente. Muy pronto tenía dos mil dólares y pico, lo que no estaba nada mal para el Diamond Crown. Antes de empezar a sentirse incómodo o de iniciar el declive decidió plantarse con dos mil dólares en el bolsillo, que recogió en la ventanilla sin inmutarse. El personal no parecía especialmente desconcertado ni sorprendido,

pues los tailandeses solían apostar fuerte y derrochaban grandes cantidades de dinero en los casinos de la frontera. Era su pan de cada día.

—Tiene un corazón de oro —le dijo el jefe de sala mientras lo acompañaba a la salida, y cuando cruzó las puertas vio a Alain Delon sonriéndole desde su andamio, una luna pletórica que ascendía sobre los edificios de una planta y la calzada donde aguardaban los motodops.¹ Intuyó las carreteras sin iluminar que se encaramaban por las colinas, con bares oscuros y hombres agarrados a sus botellas. En ese lugar todo parecía descansar sobre arenas movedizas. Sacó el dinero del sobre, se lo embutió en un bolsillo delantero y se despidió de los matones con trajes baratos que habían salido a intimidarlo. Querían memorizar su cara.

Volvió a Pailín en motodop. La ciudad estaba adormecida y en el restaurante de Hang Meas pidió *pho*, una cerveza Lao y brochetas de cerdo con pepino. El karaoke seguía en pleno funcionamiento y el local estaba lleno de chicas con tacones altos que lo divisaron de inmediato y coquetearon con la mirada. Siguió solo, bebiendo cerveza oscura Lao en aquel restaurante de faroles rojos que oscilaban lánguidamente al viento mientras sus flecos se mecían despacio, como colas de caballo. Dos mil. Aquello pertenecía al semiolvidado reino de la magia. «Hace años estudiaste por nada y mira por dónde, muchacho, has pasado de no tener futuro a que un golpe de suerte, cual conejo salido de la chistera, te haya solucionado las cosas», pensó. Era magnífico y totalmente inesperado. Decidió que jamás volvería a pisar un casino. No perdería lo que había ganado tan frívolamente. Iba a aferrarse a ello, a cuidarlo y, a ser posible, hacerlo florecer.

1. Mototaxis. (N. de la T.)